

LIBROS

por el aire, como alma de Garibay, sin asidero, desvinculadas, olvidadas en suma. Sin embargo, de unos años a esta parte a algunas se les ha empezado a recordar y a valorar. Y hemos aprendido que este grupo extraordinario merece por lo menos igual aprecio que sus compañeros del 27.

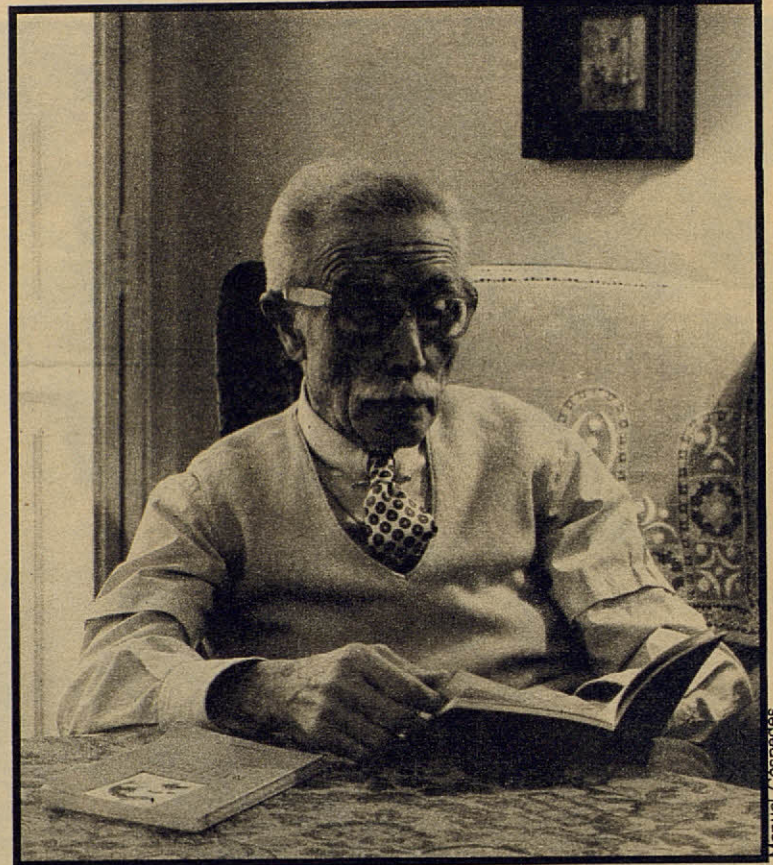
Juan Gil-Albert es una de las figuras más relevantes del grupo —uno de cuyos puntos de reunión durante la guerra civil fue la gran revista "Hora de España"—. En los últimos diez años su obra de exiliado exterior e interior se ha ido conociendo merced a unos cuantos editores que no han terminado de confundir su oficio con el de mercachifles de la cultura. Poeta y prosista extraordinario, Gil-Albert es una de las figuras más significativas de nuestra literatura contemporánea. Ahora un homenaje ha venido a recordárnoslo.

"Calle del Aire", la soberbia revista y editorial sevillana que animan con dedicación ejemplar

Abelardo Linares y Fernando Ortiz, dedicó un número de homenaje de Gil-Albert hace ya algún tiempo y que pasó rigurosamente inadvertido. Este número —como todas las publicaciones de "Calle del Aire"—son una excepción absoluta en un país donde cada vez se edita más ramplonamente. El número de homenaje a Gil-Albert recuerda, por su refinadísima presentación formal, a ediciones españolas, cuyo recuerdo casi se pierden en la noche de los tiempos. Hay textos de homenaje de Ananda y Manuel Andújar, de Jaime Gil de Biedma, Octavio Paz, Sánchez Barbudo, Francisco Brines, José Olivio Jiménez, Rosa Chacel, Juan Lechner, Carmen Martín Gaité, Gerardo Diego, etcétera.

El conjunto compone una publicación memorable, digna del gran escritor a la cual está dedicada. Una lectura imprescindible para quien quiera iniciarse en la obra de Juan Gil-Albert.

JAVIER ALFAYA



Juan Gil-Albert.

Digno homenaje a una obra extraordinaria.

Elogio desmedido de...

Robert Graves

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

"¡Pero si lo teníamos aquí!", dicen ahora, con eso de su *Yo, Claudio* en la televisión, mi masajista, el *chauffeur* de mi señora y el 98 por 100 de los agudos críticos literarios del país. Dicen eso porque Robert Ranke-Graves vive en Deyá o Deià, hermoso lugar —ponen las guías turísticas— sito al pie de la vertiente Norte de la sierra de Tramuntana y al Norte también de Palma de Mallorca, vamos.

La cuestión es que Robert Graves está en Deyá o Deià desde que acabó la llamada segunda guerra mundial —en la primera le pegaron un tiro— rodeado de hijos, olivos, mujeres y libros. No se exhibe más que en el pueblo, y hace bien. En Londres le ven menos que en Palma, y en Wimbledon, donde nació como un Santana cualquiera, menos aún que en Barcelona. Sus poemas, desde *Collected Poems* hasta *Poems 1965-68, 1968-70 y 1970-72*, empiezan a ser conocidos aquí, aunque el hombre anda metido en poesía desde que era mozo, y de eso hace ya años, pues nació en 1895.

Le vi por primera vez en las míticas

*Conversaciones poéticas de Formentor*, en mayo de 1959. Cela nos reunió allí a gentes de distinto pelaje, todos plumíferos líricos, eso sí, salvo el crítico Juan Ramón Masoliver y el hipercrítico e inquieto Jaime Salinas. Graves estaba flanqueado por Alastair Reid y por Anthony Kerrigan, escocés e irlandés, respectivamente, como dos botellones de whisky los dos, y no lo digo por decir, sino por el saque que tenían los condenados. El castellano de Graves no era malo, el mallorquín algo mejor, el inglés muy evidente y el griego, brillantísimo, como después se verá.

Bien, la cuestión fue que, aparte las intervenciones magistrales de Dámaso Alonso —algo desmadrado fuera de horas, como siempre—, de Vicente Aleixandre y del doloroso Gerardo Diego, de las risotadas de Celso Emilio Ferreiro y del propio Cela, de los silencios de Blas de Otero y del furor patrio de Gabriel Celaya, la cosa se fue poniendo seria y alcohólica, y no recuerdo cómo ni por qué causa, mientras se decían estupideces en la conversación dedicada a la poesía en el mundo clásico, se armó una

trifulca clamorosa entre Carles Riba y Robert Graves, que no se entendían ni en inglés, ni en catalán, ni en castellano, ni en mallorquín. Cosa fatal: Graves le propuso a Riba continuar la discusión en griego clásico, y, sin aguardarle, nos apabulló a todos como un Demóstenes. Carles Riba parecía aún más bajito, y el pérfido británico ni le dejó tocar pelota. Tom y yo regresamos a Barcelona en el mismo avión que Carles Riba y Clementina Arderiu, dejando atrás la isla y a los poetas en ella residentes, y allí quedó, y aún sigue, Robert Graves.

A los dos o tres días de estar de vuelta en casa me telefoneó Carlitos Barral:

—Carles Riba ha muerto esta noche.

—¡Se lo ha cargado Robert Graves!

—No seas bestia.

No soy una bestia. Lean lo que puedan de Robert Graves: en castellano, además de *Yo, Claudio*, de *Claudio el dios y su esposa Mesalina* y de *La diosa blanca* y algunos libros más y en inglés todos. Robert Graves es una cosa tremenda. Cuiden su salud, señoras y compañeros. ●